

LA PEÑOLA,

SEMANARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON FARRILLO DE ALBORNÓZ.

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Trimestre. 9 rs.

FUERA DE LA CAPITAL.

Trimestre. 11 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración del periódico, calle del Prado, núm. 10, bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
 Toda la correspondencia dirigirla á nombre del Administrador
 DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

SUMARIO.—«Pasado y presente,» por Lope Torés.—«Cristóbal Colon,» (episodio histórico) por José Fernandez Guillen.—«Lo natural,» por Jacobo Fernandez Brizuela.—«La hoja,» (traducción de Arnaud) por Pablo Leon Gimenez.—Charada.—Soluciones al número anterior.—Advertencia.

PASADO Y PRESENTE.

En la inmortal Atenas; en aquella preciosa cuna de la civilizacion, el insigne Platon, el principe de los filósofos, el ruiseñor de la Grecia y otros sábios de su época, fundaban suntuosas academias, bajo cuyas artísticas bóvedas unas veces y otras en las plazas y lugares más públicos, enseñaban á la apiñada muchedumbre el régimen social que debía ser su norte, esplicaban con armoniosa voz los principios de la sana moral y los deberes y derechos del hombre, sin olvidar la preferencia que á las ciencias y á las artes debía dispensarse; y las masas, ansiosas de aprender y de ilustrarse, escuchaban con profundo respeto y atención cuantas palabras brotaban de los labios de aquellos inmortales génius.

Esto sucedía en los tiempos oscuros y abominables del paganismo, donde solo se rendía culto al valor, ó mejor dicho á la estúpida ferocidad de los guerreros y conquistadores, á quienes se divinizaba y ofrecían sacrificios cruentos.

Posteriormente apareció el supremo legislador, el cordero sin mancha, el Cristo Redentor, el mártir del Gólgota, y enseñó á las gentes los decretos celestiales, las leyes del reino de Dios que se encargaron de estender por toda la haz de la tierra los doce pescadores escogidos, quienes llevaron de polo á polo la luz del Evangelio y de la verdadera civilizacion.

Después de cerca de veinte siglos que han transcurrido desde entonces, las infinitas generaciones que han ido pasando, todas han procurado perfec-

cionarse y aprender algo útil y provechoso á su ilustracion y progreso intelectual, escuchando siempre la voz de los sábios y autorizados varones que se inspiraban en los más altos deberes de caridad y cristiano entusiasmo.

Segun se sucedían pueblos y edades, ha venido el mundo conquistando, aunque á paso lento, tesoros preciosísimos en las ciencias, las artes y en otros ramos del saber humano; y de adelanto en adelanto, de descubrimiento en descubrimiento, hemos llegado al famoso siglo XIX, llamado con lamentable ligereza el de las luces, de la ilustracion y del progreso; y digo ligereza, porque yo no encuentro la sólida razon de tan pomposos calificativos, y antes por el contrario, creo que estos son otros tantos sarcasmos, motes risibles y sangrientos: oidme.

En todos los tiempos y en todas las edades se ha manifestado de un modo ostensible el deseo de perfeccionarse y de dar un paso más en el camino de la civilizacion, como pueden probárnoslo esos famosos códigos y pragmáticas; esas innumerables bibliotecas con millones de preciosos volúmenes llenos de ciencia, de moral y sábios consejos; esos gigantescos monumentos que á través de los siglos se alzan hoy como mudos testigos del génio creador y grande de nuestros antepasados, sirviéndonos de perfecto modelo y de constante admiracion.

Nuestros ilustres progenitores, esos á quienes el siglo del vapor llama con lamentable ignorancia ó con depreciable cinismo locos, fanáticos y oscurantistas, obraban en todos sus actos con recto juicio, con el loable deseo de ser útiles á sus semejantes y á la república en general, como lo prueban las obras que de todas clases han legado á la posteridad.

¿Qué derecho tiene, pues, el siglo para envanecerse y hacer alarde de su decantada ilustracion y progreso, en desprecio de nuestros abuelos? Me argüiréis que aquellos dejaron en las sombras pro-

blemas que ha resuelto el siglo de la electricidad; cierto es, pero decidme: ¿constan hoy testimonios seguros y fehacientes de que nuestros antepasados tratarán de estudiarlos y resolverlos? No; luego natural era que no lo consiguiesen; y de haberlo intentado sin fruto, solo probaria que no era llegada la hora de conocerse, ó que sus trabajos no coronaron la empresa.

Hagamos un paralelo para reasumir. Allá en la cima de la civilizacion, oian las gentes con respeto la voz del sábio y del filósofo; y aunque estos eran pocos, los que escuchaban y aprendian eran muchos.

Hoy en pleno siglo XIX todos nos creemos sábios y filósofos; nadie escucha, nadie quiere ser enseñado, nadie aprende mas que aquello que le parece conveniente, y que está en relacion con los grados de criterio de su particular y *soberana* razon. A nuestros antepasados, porque erigian á Dios, á su purísima Madre y á sus santos suntuosos templos y gigantescas basílicas, se los moteja de fanáticos y supersticiosos: y ¿qué calificativos merecemos en cambio los que vivimos en el siglo del can-can y de los Bufos? Crédulos y bobalicones se llama á nuestros abuelos, que inspirados en su buena fé y recto juicio, eran esclavos del deber, y oian con profunda veneracion la voz de la ciencia y de la esperiencia; y decidme, ¿qué adjetivos pueden calificar á los que en la época del vapor y de la electricidad creen y escuchan batiendo palmas á cualquiera charlatan de plazuela que trata de probar que la lascivia y ferocidad del repugnante mono es el perfecto ideal del hombre?

Por otra parte, seria yo un insensato si tratara de negar los grandes adelantos de nuestra época; pero esto no dirá más, sino que unas diez ó veinte privilegiadas inteligencias han logrado arrancar del fondo de las sombras, secretos que yacian en él á través de las generaciones.

La inmensa mayoría de los que hemos logrado alcanzar esta época de descubrimientos y rápido progreso, ¿qué parte tenemos en estos? ¿qué trabajos y desvelos les hemos dedicado? Ninguno, seguramente. Luego confesaréis conmigo, que queda mucho que desear á la razon, al criterio y á la justicia, los pomposos calificativos que se aplican al siglo XIX para distinguirlo de los pasados, y que no podemos desconocer que en uno y en otros, entre la inmensa mayoría de tontos é ignorantes se han alzado algunas sábias inteligencias y aventajados talentos.

Más diré: casi puede asegurarse que nuestro siglo, y especialmente la generacion presente, es la que con menos justicia y propiedad puede llamarse de las luces y de la ilustracion; si reflexionamos con frio y recto criterio sobre el desconsoador desconcierto, sobre la rápida cuanto confusa marcha de los pueblos y las naciones y muy particularmente de esta infortunada España, donde con profundo dolor lo digo, se ven cada día más impresas las huellas terribles de la desmoralizacion y lamentable decaimiento. ¿Qué otra cosa puede decirse de un pueblo que como el español, cuenta

en sus establecimientos penales más de treinta mil criminales; que registra en sus padrones doscientos mil vagos; que deja envueltos en la miseria y el abandono á los mentores de la infancia? ¿Qué otra cosa ha de suceder á una nacion que como en la nuestra, ven la luz pública doscientos periódicos políticos, y en cambio solo se escriben con poca ó ninguna aceptacion, veinte revistas científicas y literarias? ¿en la que el asesinato y el robo, ofrecen su aumento progresivo de más de un 25 por 100 anual, segun con fijos y desgarradores datos nos marca la estadística criminal, y en la que la farsa, la pedantería y la ignorancia se ven resaltar con lamentable predileccion, sobre el buen juicio, la modestia y la honradez? ¿donde son premiados el descrédito y el fraude y se escarnece y ridiculiza de un modo necio y soez la virtud, y hasta los sentimientos religiosos? ¿donde el malvado y el mentecato con grosero atrevimiento afrentan el honor, insultan y prostituyen la ciencia? ¿donde con tan repugnante cinismo se hace pública y frecuente gala de la blasfemia y de asquerosas interjecciones? ¿donde se miran desiertas las aulas y llenas las tabernas y los centros del vicio y desenfreno? ¿donde tanto se destruye y tan poco se crea?

Estas citas tan elocuentes; estas desgarradoras cuanto ciertas consideraciones, hacen desfallecer el ánimo más fuerte, y presagian para nuestra patria un oscurísimo porvenir; días aciagos de sombras y quizás de barbarie: quisiera engañarme. Dios así lo quiera, y no permita que la noble y potente España de los Alfonsos, Pelayos, Cides, Cervantes, Pizarros y otros mil ilustres varones y esforzados guerreros; la señora de dos mundos; la que figuró en otros felices tiempos á la cabeza de la civilizacion del orbe, aparezca en el mapa á través de los futuros siglos como un pueblo salvaje é inculto.

LOPE TORÉS.

CRISTÓBAL COLON.

(EPISODIO HISTÓRICO.)

El primero de los navegantes modernos, aquel cuyo génio halló un nuevo mundo en fuerza de un profundo estudio de grandes desvelos, sacrificios y no poca paciencia para superar tantísimos obstáculos como se le presentaron en la resolucion y práctica de su admirable problema; Colon, en fin, conservaba una sangre fria á toda prueba y una presencia de ánimo maravillosa en las más críticas circunstancias.

En el último viage que emprendió á América y cuando España en su indiferencia eterna, ya con celebridades pátrias, ya con las extranjeras que á ella se acogen negando á unas y otras toda proteccion; cuando España, repito, habia despojado de todos sus títulos y dignidades á quien la hizo dueña de dos emisferios, éste privilegiado sér tuvo que luchar aún contra el abandono de unos, la

perfidia de otros y contra los elementos hacía él conjurados.

Habia perdido una de sus tres embarcaciones entre los escollos de la costa por él denominada *de las Contrariedades*, y una tempestad que sobrevino más tarde, hizo chocar las dos restantes entre sí sufriendo algunos desperfectos: esto puso al Almirante en la necesidad de arribar á Jamáica, isla inmediata al fracaso.

Los habitantes de esta colonia, visitada anteriormente por los españoles, acogieron á los navegantes como á hermanos; dóciles y sumisos antes á la voluntad de Colon, lo fueron tambien al reconocerle y así siguieron algun tiempo; obedecíanle como á su señor y le respetaban cual á su padre.

Poco duró esta sumision y respeto: observado por los insulares la escesiva codicia que se despertó en los españoles y lo cruel de su trato para obtener riquezas, actos que Colon no pudo reprimir apesar de sus prudentes consejos, dejaron de partir con estos las muchas preciosidades que aquel fertilísimo pais proporcionaba y trataron de rebelarse como así lo hicieron, amenazándoles con la muerte.

Colon, ante una situacion de suyo apurada; sin medio de resistencia; con solo algunos hombres adeptos y mal armados, puesto que la mayor parte huyeron á Sto. Domingo en botes de los isleños, no trató de modo alguno defenderse, pero sí oponer á la fuerza de aquellas turbas la sagacidad y la ciencia.

Sus grandes conocimientos astronómicos le indicaron la aproximacion de un eclipse total de luna; y esta observacion, no solo le salvó del coraje de los salvajes, sino que fué causa de la adhesion de la Jamáica á nuestra amada pátria.

El dia en que se verificaba el eclipse era el destinado para apoderarse de todos los españoles y llevar adelante sus *humanitarios* designios; mas Colon, saliendo á su encuentro, exclamó: «El Dios de los españoles, irritado de vuestra conducta para con sus queridos hijos, retira su mano protectora. Esta noche á las doce veréis palidecer y extinguirse por completo el astro que durante ella suple la luz del sol. La naturaleza quedará sumergida en las tinieblas y seréis entregados al castigo que vuestros crímenes merecen.»

Fueron acogidas estas palabras entre risas y burlas; sin embargo, nadie osó amenazarle ni poner su mano sobre aquel rostro venerable: su noble actitud, la humilde expresion de su mirada y más que todo la preocupacion avasallando por instantes aquellos rudos ánimos y aun los de los más feroces, les intimidó, y retirándose al punto de partida decidieron esperar el cumplimiento de tan rara profecía.

Pero cuando llegó la noche, cuando vieron elevarse lentamente en medio de un cielo puro al satélite de nuestro planeta, derramando torrentes de plateada luz sobre las colinas de aquellas montañas y despues bañar los bosques y valles, creyeronse ya salvados; impulsados por la alegría formaron bailes y cantaron repetidas veces canciones propias, convirtiéndose todo en jolgorio y regocijo.

Despertóse la cólera contra los extranjeros al desaparecer la idea del peligro.—«Profeta desgraciado! dijo una voz; es preciso nos pagues tu falsedad.—Amigos, sorprendámosle esta noche misma al resplandor del astro que ha maldecido.»

Apenas calló el salvaje, un ligero velo se difundió por el espacio; la luna tan radiante palideció y fué estinguéndose gradualmente; á medida que la noche avanza, mayor es la oscuridad y los cantos y bailes menos animados; por último, cuando las tinieblas más completas reemplazaron á la luz; quedaron inmóviles, silenciosos y anonadados. A aquel imponente silencio sucedieron grandes gritos de dolor y de desesperacion, y vagando de acá para allá, perdidos, fuera de sí, creyeron llegado su último fin y la desaparicion de su isla.

En tan triste estado, como impelidos por un solo resorte, acuden todos á la cabaña de Colon donde tranquilamente descansaba, suplicándole con las lágrimas en los ojos, les perdone é interceda por ellos á fin de aplacar la cólera divina.

El célebre Almirante que presagiaba este resultado les recibió afablemente, y orando un breve rato, les dijo: «Si me prometéis ser fieles á España, buenos y humanos con los extranjeros que Dios ha hecho vuestros hermanos, le suplicaré una y más veces que tenga piedad de vosotros, y os aseguro fundado en su bondad, y siempre que lo cumplais, que dentro de una hora os devolverá la luz del astro que llorais.»

La contestacion fué afirmativa y con efecto, en el momento prefijado cesó el eclipse y reapareció la luna en todo su esplendor.

Desde entonces los moradores de la Jamáica fueron súbditos de España y Cristóbal Colon, reverenciado no como un rey sino como un sér superior que disponia de la naturaleza y gobernaba sus elementos.

JOSÉ FERNANDEZ GUILLEN.

LO NATURAL.

Hé ahí una palabra que poniéndola un *sobre* cambia completamente de idea.

Veán ustedes, pues, para lo que sirven los *sobres*.

Lo *natural* es la cosa más sencilla del mundo, lo más general y si le pone usted un *sobre*, ó mejor dicho, si le antepone, resulta lo *sobrenatural*; es decir, lo increíble, lo raro, lo misterioso; y total, qué es? Un *sobrenatural*; ni más ni menos.

Lo dudan ustedes? Lo probaré con un ejemplo.

Una noche aparece en cualquier pueblo un fantasma, en punto á dar las doce. ¿Qué es? Nadie lo sabe. Solamente se dice que de la puerta de la iglesia se vé salir una forma blanca, muy alta, muy alta, que hace un ruido espantoso y que alumbraba con dos rayos que brotán de las órbitas vacías de su calavera.

Todo el pueblo está sobrecogido; al anochecer

todo el mundo está en sus casas, y los chicos y los grandes se acuestan pensando en el fantasma, en el duende; es decir, en lo maravilloso, en lo sobrenatural.

Así pasan unas semanas. Un día llega al pueblo tropa. Sus oficiales son alojados en las mejores casas.

Al teniente Ruiz, valiente como un Vivar y galante como un Tenorio, le dan boleta para casa de María la del lunar, la moza más linda de la villa. Al nuevo huésped le enamora su joven patrona y la hace una declaración en regla, llegando á pedirla una cita para la noche.

—Imposible, dice ella; precisamente pasa por aquí el fantasma á todas horas.

—¡Cómo! ¿Hay fantasmas en este pueblo? He de verle, dice el oficial, y aseguro á usted bella María, que no volverá á incomodarla ninguna noche.

—Dios le libre á usted de sus manos, contesta ella perdiendo el color: por Dios le pido que no le observe; deje usted en paz á los muertos.

El oficial persiste, pero por fin cede por complacer á María y se retira á su cuarto despues de cenar. Mas su carácter aventurero, la curiosidad aumentada por las insistencias de su patrona, le incitan más y más á hacer lo contrario. Pensando en ello dán las doce; la hora de las apariciones y los misterios y el oficial se asoma á la ventana.

Una forma alta, estrecha y blanca, aparece al principio de la calle que está completamente vacía; vá haciendo un ruido espantoso y viene á pararse bajo los balcones del oficial. Este se inmuta al pronto y cierra la ventana, pero se oye abrir el balcon y una voz muy parecida á la de María, dice:

—Retírate, Juan, que esta noche no podemos hablar.

Al oír estas palabras, el oficial comprende que no es cuestion de almas en pena sinó de almas enamoradas, y «aquí es la mía,» piensa, abre otra vez, salta á la calle, y con revólver en mano y espada al cinto,

—Detente, alma del otro mundo, esclama.

Juan quiere valerse de su influjo de aparecido; pero el teniente Ruiz, amartilla el revólver. Entonces se descubre el pastel: tira la sábana, escalera y las dos luces que figuraban rayos en la calavera, y el pobre Juan suplica el perdon. El oficial lo concede prometiendo el secreto, y en efecto; al día siguiente, se dice por todo el pueblo, que el teniente Ruiz, alojado en casa de María la del lunar, ha descubierto que el fantasma de por las noches, era Juan el pintado que festejaba á la María.

En varios corrillos se comentaba el asunto.

—Pues si era *natural*, dice uno; los chicos se quieren, y algun medio habian de buscar para hablarse, ya que no les dejan sus padres.

¿Comprenden ustedes? Antes era una cosa del otro mundo, *sobrenatural*. Desaparecen las sábanas, las luces, es decir, el *sobre*, y queda Juan el pintado, que hace de fantasma para hablarla, es decir, lo *natural*.

Otros mil ejemplos probarian mi aserto, pero vá siendo demasiado largo este artículo, y me parece una cosa muy natural hacer punto y poner fin.

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

LA HOJA.

Traducción de Arnaud.

Dime, pobre hoja marchita;
¿á dónde vés desprendida

del árbol que te dió vida,
do la brisa te meció?

—No sé, terrible tormenta
ha roto la encina añosa
donde vivía dichosa,
mi único sostén tronchó.

Desde entonces soy juguete
en el bosque, en la pradera,
en la selva, en la ribera,
del céfiro jugueton.

Y ora desciendo á los valles,
ora subo á los collados,
ó me conduce á los prados
el soplo del aquilon.

Voy donde el viento me lleva
sin proferir una queja,
me hace volar ó me deja
quieta, soy esclava de él.

Voy errante sin camino
adonde vá toda cosa,
donde vá la hoja de rosa,
donde la hoja de laurel.

PABLO LEON GIMENEZ.

CHARADA.

Mi amigo *doble tres, tres dos* sentia
porque *prima* y *segunda* le salia;
y en el *todo* furioso se arrojaba,
cuando *tres* y *primera* se miraba.

F. G.

(La solución en el próximo número.)

Soluciones al número anterior.

CHARADA.

1.^a

Sobre un *jaco* caminaba,
y al pié de un *cofo* me hallé
á un *jato* que retozaba,
y á una *coja* que bailaba
el *vito*, solo en un pié.

¡Cuánto me pudo estrañar
el ver allí á *Jacobito*...!
juntos fuimos á almorzar,
y al volverse á retirar
le dió un abrazo:

AGAPITO.

2.^a

CALDO.

ADVERTENCIA.

Habiendo terminado en este número la novela que veníamos publicando en el folletin y pensando introducir algunas reformas en el periódico, publicamos tambien la portada é índice del álbum, con objeto de que desde luego puedan nuestros favorecedores encuadernarlo con la novela y formar así un bonito tomo de 160 páginas.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.
ANGUSTIAS, 1.